

la trilogía. Pues el disco combina acertadamente la música popular con obras de autores «cultivados», de resultados de lo cual se pueden hacer interesantes comparaciones; por ejemplo, entre las fiestas campestres, tal como se reflejan en las anónimas «country dances» y tal como son descritas por Lully. Tras esta grabación, Archiv lanza otra con música vienesa de principios del XIX (25 33 134): el disco queda bastante fuera del contexto de los demás y resulta mucho más decadente —lo que, bien pensado, no es tan paradójico como parece—; por lo demás, faltan referencias a instrumentación e intérpretes: sólo es citado el director, el violonista Eduard Melkus. Han quedado por el camino un disco de bailes de la época clásica y, más lamentablemente, el mejor de la serie Archiv en este campo: «Música de Danza del tiempo de Praetorius», con obras de este compositor —a quien, creo que, por desgracia, se sigue citando más como autor de «Syntagma Musicum» que como creador del «Terpsichore», de Erasmus Wiedemann y de Johann Hermann Schein.

Por su parte, Basf se apunta al «boom» con la correspondiente grabación del Collegium Aureum, en Harmonia Mundi, de un programa de bailes renacentistas (BASF 36 53 127); reaparece Susato, en interpretaciones más fluidas y menos toscas que las del disco «Dos Orquestas de Baile...»: probablemente sean más fieles estas últimas. Interesante la obra presentada de Pierre Phalèse, compositor-editor también predilecto del Atrium Musicae y del Ulsamer-Collegium.

No conviene extremar las pretensiones y aspirar a dar en cuatro líneas las razones del éxito indudable que este tipo de discos está obteniendo —aunque sea un éxito relativo: no se hacen grandes tiradas—. Si se pueden apuntar algunos puntos de interés que pueden ayudar a la

comprensión del fenómeno: como primer paso no despreciable, la brevedad de las obras; también lo pegadizo de las melodías. En segunda instancia, se ha de hacer mención del mérito que supone que unas composiciones diferentes en sus propósitos artísticos, pero que partían de la misión concreta de hacer a la gente animarse, moverse y pasar el rato, sigan cumpliendo perfectamente esta función a siglos de distancia.

Por último, está el detalle de la autenticidad. Hay algo muy claro en todo este fenómeno de revitalización en base a los instrumentos originales: que, lo mismo que al revisar obras importantes ha relativizado tópicos como el de Bach, creador de catedrales sonoras, al hacer reaparecer las danzas del Renacimiento y el Barroco, insistiendo en la necesidad de una música «a escala del oyente» y permitiendo a éste un grado de participación insólito si pensamos en las fechas en que las obras fueron compuestas, nos quiere recordar que la música, además de la de enriquecer el espíritu, ha tenido siempre otras funciones más elementales, y que la historia de la música no es sólo la historia de la música «seria». ■ JOSE RAMON RUBIO.

ARTE

Nuestro amigo Tomás Seral ha muerto

No he podido dejar de titular así esta pequeña crónica referida a la muerte de Tomás Seral porque sí, tenemos que recordarlo así los que tuvimos el privilegio de conocerlo. Ese librero compartía con nosotros el secreto, muchas veces mágico, de muchos de esos libros



Tomás Seral.

que andábamos buscando para completar nuestra pequeña formación. Y no sólo eso: hace veinticinco o treinta años, cuando el fenómeno del arte moderno era en muchos de nosotros una especie de afición de maniáticos, Tomás Seral, desde su pequeña librería, mantenía vivo ese fuego a través, entre otras cosas, de una serie de exposiciones que hoy parecerían prodigiosas.

Supe de esa muerte el mismo día de su entierro, hace siete u ocho días, y gracias a Pepe Hernández, el pintor. Su muerte tenía algo del semisecreto con que había llevado casi todas las circunstancias de su vida. Ni esquelas mortuorias ni noticias por la radio. Un leve tacto de codos entre amigos, y ya estaba. Me fui al paseo del Prado, frente al Museo, para expresarle mi sentimiento a sus hijos, allí mismo, en su tajo, en su pequeña librería Cairel. Allí estaba su hija —que, por cierto, es amiga de la mía— y algunos de los viejos adeptos al «clan» Seral de los libros y del arte.

No pude —no pudimos los allí presentes— dejar de evocar al Tomás Seral de los tiempos de pionero de los libros y de la cultura: de cuando, mediados los años cuarenta, fundó en la calle Arenal la galería Clan —la misma que hoy ocupa Abril y que regenta Carmina, esa otra amiga nuestra, continuadora

de Tomás—. Nuestros mayores pueden hablar, refiriéndose a Madrid —cuyo tiempo pasado «siempre fue mejor», de los tiempos de Arniches, o de las tertulias de Pombo y de la Granja del Henar. La gente de mi tiempo —los que hoy tenemos entre cincuenta y cincuenta y cinco años— no tenemos recuerdos tan placenteros de «aquel Madrid»: colas, estraperlo de pan y de tabaco por las esquinas y noticias de la guerra grande. Yo, soldado del 44 en el Regimiento de Transmisiones de El Pardo, venía a Madrid siempre que podía para ver exposiciones. Aparte otras salas más convencionales, donde se exhibía casi siempre un arte convencional —Dardo, Vilches, Marabino, etcétera—, había sobre todo tres salas, donde los que ya estábamos iniciados en el secreto de la existencia de Picasso, podíamos ver una pintura, y de Picasso ciertamente, pero de una cierta vanguardia más o menos doméstica: Biosca, Buchholz y Clan —la pequeña sala de la calle Arenal, fundada y mantenida por Tomás Seral—. Tal vez existía ya la sala Estilo, de los hermanos Aparicio... No sé. Tal vez fue algo después...

Recuerdo que yo, vestido de soldado, iba entonces mucho por la pequeña Sala Clan, donde siempre estaba Tomás Seral, y aparte de ver alguna exposición que entonces a mí me deslumbraba, me gustaba

mis pobres ahorros de soldado en algún libro de Valéry o de Rilke. Allí y entonces —lo recuerdo— compré yo las «Elegías del Duino», y el «Malte Laurids Briggs», que luego yo leía deslumbrado en mi cama de la Cuarta de Radio... Y allí recuerdo haber visto, entre otras cosas, una exposición de Willi Baumeister... que por aquel entonces, creo, vino a España por lo de la Escuela de Altamira. ¡Qué tiempos aquellos! Yo entonces ni era crítico, ni había escrito nunca nada, ni pensaba escribir... Pero esto es otra cuestión.

Lo cierto es que en aquel Madrid semidesértico, el pequeño antro del Clan era como un refugio contra la inclemencia ambiental, al que acudíamos algunos iniciados. Y yo creo que cuando Tomás Seral lo fundó, fue muy consciente de que eso era lo que fundaba...

En el fondo, yo creo que lo que Tomás Seral ha ido fundando después, a lo largo de su vida de librero en Madrid, fueron siempre «refugios» frente al desierto. Siempre. Lo que pasa es que Madrid fue dejando —en cierta manera— de ser una zona desértica. Desapareció el desierto, pero no el refugio. El cual continuó siendo eso: un «clan», un lugar donde los amigos aficionados a un cierto «esprit nouveau» se reunían, hablaban de sus preferencias artísticas y se transmitían el secreto de sus libros. Pero ya lo que

se mantenía como secreto no era tan secreto: no era un secreto Picasso, ni Rilke, ni siquiera Valéry. Con todo, Tomás continuó alentando a jóvenes pintores cuyo destino próximo era el de ser malditos. El último, que yo sepa, fue Pepe Hernández, que fue el que me llamó el otro día dándome la noticia de la muerte de Tomás.

Claro, que Tomás tenía madera de fundador, pero no de hombre de negocio. En los tiempos desérticos fundó refugios que el desierto nunca pudo alimentar prodigamente. Y luego, en tiempos de vacas relativamente gordas, fundó otro refugio —Cairel— que ya no necesitaba de aquel estilo suyo, iniciático y casi secreto, porque ya hay muchos libros y muchos cuadros de los que antes veíamos tras un guiño de entendimiento. Había nacido en Zaragoza, en 1908. Descanse en paz nuestro amigo Tomás Seral. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

CINE

La filosofía del «bon vivant»

Que existan altibajos, momentos buenos y menos buenos en la obra de cualquier cineasta, es perfectamente lógico y explicable, y más, dada su ubicación en una industria que necesita del éxito y del beneficio económico. Pero lo que siempre resulta incomprensible es que un autor que se haya mostrado capaz de realizar trabajos de la máxima categoría, descienda súbitamente hasta unos niveles de calidad tan bajos que uno tenga que preguntarse si es que no se habrá equivocado al leer los títulos de crédito. Este me parece el caso de François Truff-